

Economía política del trabajo y salud desde una historia social y oral

Margarita Pulido Navarro ¹

Ricardo Cuéllar Romero²

José Cutberto Hernández Ramírez³

Resumen

Mesa 8: La autogestión y la salud de l@s trabajador@s frente a la devastación del planeta por el capital.

La idea central de esta ponencia parte de considerar al trabajo, en el sentido señalado por Engels, como el elemento central de la posibilidad del desarrollo de lo humano. Desde esta reflexión, la categoría trabajo es vista desde una mirada amplia que no contempla solamente la pura y llana manipulación final del objeto para su transformación, siguiendo dictados ajenos, sino, por el contrario, contemplando que a dicha actividad subyace la unidad primordial entre concepción y ejecución.

A partir de estas consideraciones nos enfocamos en tratar de entender cómo se llevaría a cabo una propuesta alternativa al establecido modo y objetivo de realizar el trabajo bajo los cánones capitalistas. Para ello es menester desarrollar una serie de ideas que pueden servir de marco para la discusión de lo que se esperaría de una propuesta alterna.

La historia social, de la mano con la historia oral, permite conocer las miradas de los participantes en las luchas sociales, conocer, a partir de su memoria, cómo ha sido construida su subjetividad en un entorno prefigurado por el modo de producción capitalista, que transmite las ideas dominantes; y conocer cómo esas personas están construyéndose una nueva subjetividad al calor de la resistencia franca, abierta. Será posible, así, plantear mejores propuestas alternativas.

¹ Profesora investigadora UAM Xochimilco. mpulido@correo.xoc.uam.mx 54837205

² Profesor investigador UAM Xochimilco. ricardocuellar@yahoo.com.mx 54837205

³ Profesor en Institute of Study Abroad at Butler University-Yucatán. nutramedia76@outlook.es

Introducción

La idea central de esta ponencia parte de considerar al trabajo, en el sentido señalado por Engels, como el elemento central de la posibilidad del desarrollo de lo humano. Esto es, en el mismo sentido en el que Kosik plantea que reflexionar en torno del trabajo implica, necesariamente, cuestionarse qué es el hombre; en otras palabras, esta ponencia se orienta a la necesidad de llevar a cabo una reflexión filosófica, que, por supuesto, no conviene al capital. Reflexionamos, siguiendo a Kosik, que el ser humano no puede ser desligado de la actividad a la que damos el nombre de trabajo. Sin embargo, desde esta reflexión, la categoría trabajo es vista desde una mirada amplia que no contempla solamente la pura y llana manipulación final del objeto para su transformación, siguiendo dictados ajenos, sino, por el contrario, discurrendo que a dicha actividad subyace la unidad primordial entre concepción y ejecución. En palabras más llanas, en dicha reflexión no se puede dejar de lado que para poder hablar de un trabajo, en su sentido amplio, en primer lugar, antes de llevar a cabo la actividad, el ser humano se enfrenta con una necesidad y con el surgimiento de un problema: el de dar solución a esa necesidad, de satisfacer dicha necesidad a partir de desarrollar sus potencialidades humanas.

El problema a resolver le da motivo a su propia reflexión y a observar en su entorno; luego de lo cual procederá a instrumentar, con los medios a su alcance, la posibilidad de transformar los objetos de ese entorno para satisfacer la mencionada necesidad. En ese camino es dable percatarse de que en su ser total se van produciendo transformaciones. En otras palabras, al transformar –primero en su mente, a través de la concepción, a través de abstraer en su mente los elementos u objetos presentes, al lado de las necesidades y luego con la acción planeada previamente- la naturaleza, para hacerla acorde a sus necesidades, el ser humano transforma también su ser entero, su naturaleza exterior y, asimismo su interior; su cerebro va desarrollando múltiples conexiones al asociar a unas y otras situaciones del entorno, a unas y otras situaciones de las necesidades humanas su capacidad de desarrollo; en ese camino se van desarrollando en él

otras muchas potencialidades tales como el sistema de símbolos para comunicarse con otros seres humanos -el lenguaje-, se van desarrollando la imaginación, la creatividad para resolver nuevos problemas y dar cauce a nuevos planteamientos que van incorporando más conexiones neuronales y mayores posibilidades de desarrollo físico e intelectual, dentro de ese conjunto que se llama hombre o mujer.

Las palabras de Adolfo Sánchez Vázquez (1975), en su disertación acerca del arte, nos proveen de una mayor claridad para brindar un acercamiento a la concepción de trabajo que sostenemos, como diría Marx en *El capital*, del trabajo en general, al que se contrapone el trabajo en el capitalismo:

“(…) el arte –como verdadero trabajo concreto- permite al hombre desplegar en su plenitud y riqueza su potencialidad creadora y, en este sentido, incluso en un mundo enajenado, es una de las formas más altas de objetivación, expresión y comunicación. Así, pues, esta idea del hombre y del trabajo –que Marx no abandona nunca- permite situar al arte como una forma específica de producción, de praxis humana. Así concebido, se desenvuelve históricamente como una manifestación ilimitada de la capacidad creadora del hombre, como proceso de renovación e innovación constante que no puede agotarse nunca en ninguna de sus manifestaciones históricas concretas.

La primera necesidad del hombre es afirmarse como tal; a ella, responden primer lugar la producción material, y a ella sirve también la producción artística. Sin el arte y sin el trabajo, el hombre no sería lo que es; más exactamente, no sería propiamente hombre” Marx pone el acento en el hombre como ser productor de un mundo de objetos que sólo existen por él y para él. El hombre muestra una capacidad de producción o creación desde el momento en que con su actividad práctica, adecuada a fines, produce o crea un mundo humano o humanizado y, a la vez, se transforma, produce o crea a sí mismo.

Este mundo producido por él no puede dejar de llevar su marca, de testimoniarle, en cuanto que responde a sus necesidades y constituye su materialización u objetivación de fines que él sabe que rigen en la materia ‘como una ley las modalidades de su actuación’ (*El capital*). (Sánchez Vázquez, 1975: 22-23).

No podemos dejar de considerar aquí, que nuestra concepción de trabajo entraña también otra consideración, que tiene que ver con la necesidad de dejar de ver a la naturaleza como algo inagotable. Esta concepción contempla o debe contemplar el respeto por los ecosistemas, que son los que finalmente constituyen la base de sustento para el desarrollo de las poblaciones y sin los cuales no es posible la sobrevivencia de éstas, al contrario del sistema capitalista que desarrolla una razón instrumental “que sirve de base a la cultura industrial actual” (Horkheimer, 1969: 7), que concreta la incorporación a su dominación de una

instrumentación tecnológica orientada, ante todo, a doblegar la naturaleza a su poderío. Su intención es servirse de lo habido en el entorno, llámense seres humanos o llámense elementos de la naturaleza, para su máximo fin que es el incrementar la acumulación de capital a cualquier costo, así el costo sea el genocidio lento –con sus métodos o procesos de producción nocivos- o intempestivo –cuando se elimina de golpe, al poner en práctica la represión, a grupos humanos que intentan frenar sus ansias desmedidas de acumulación mediadas por las más terribles injusticias-, y el ecocidio brutal, que se vienen practicando desde el surgimiento del capitalismo.

Desde el siglo XIX Federico Engels en *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* ya señalaba que el capitalismo, bajo su lógica mercantil, estaba encaminado a destruir todos los entornos, hoy más que nunca esto se ha hecho presente, con una evidencia irrefutable: se destruyen bosques enteros, con el propósito de obtener maderas para la venta; la tierra sufre una deforestación global que lleva a la infertilidad de los campos, ahora convertidos en enormes desiertos; los climas cambiantes debidos a la inversión térmica y a la evidente contaminación ambiental, la contaminación de los mantos acuíferos por diversos tipos de industrias; son algunos de los ejemplos de las situaciones a las que ha llevado la excesiva ambición capitalista por hacerse de mayor acumulación de capital.

I

En el modo de producción capitalista sucede lo opuesto al desarrollo de lo humano pues en él los seres humanos son instados a producir no ya para satisfacer sus necesidades como humanos, sino para satisfacer la necesidad de los empleadores, es decir, la necesidad de acumulación de capital de terceros. Para lograrlo, el trabajo, en su sentido más reduccionista es limitado a simple actividad manipuladora, a seguir no la actividad previamente concebida para dar forma al satisfactor de la propia necesidad, sino es enfocado a seguir una serie de pasos dictados desde la autoridad, diseñados por otros, el patrón o sus capataces, para evitar tiempos muertos en la producción, es decir para incrementar la

productividad del trabajo, de esa suerte de trabajo reducido a simple actividad manipuladora, no de trabajo que implica unidad de concepción y ejecución y que da pie a la transformación del ser mismo de la persona, del desarrollo como humano.

Al contrario del trabajo en general, que podemos definir, siguiendo a Marx, como aquél en el que es posible conjugar concepción y ejecución, el trabajo capitalista constituye la negación del hombre (Sánchez Vázquez, 2003: 145). Dicha afirmación, nos dice Sánchez Vázquez, la hace Marx en relación con la producción material capitalista y que en realidad el ser humano bajo ese tipo de trabajo “ha vivido constantemente enajenado, lo que equivale a decir: en constante negación de sí mismo, de su esencia” (2003: 146). Y sin embargo,

Estas expresiones deben tomarse en el sentido de un descenso al nivel más ínfimo de lo humano, no en el sentido de que el hombre tenga literalmente el estatuto ontológico del animal o la cosa. Incluso estando enajenado el hombre sigue siendo un ser consciente, activo, si bien no consciente del sentido humano –propriadamente creador- de su actividad. Aunque en un plano impropio, enajenado, aun en un nivel ínfimo, está del lado de lo humano. Sólo el hombre se enajena, y sólo él, porque es producto de su propio hacer, de su trabajo; justamente porque él hace su ser –en pocas palabras, por ser un ente histórico-, el hombre se halla en un proceso de producción de sí mismo, es decir, de humanización, dentro del cual puede hallarse en niveles humanos tan ínfimos como el del hombre enajenado, o cosificado. (...) Marx reprocha a Hegel no haber visto el aspecto negativo del trabajo –su enajenación-, pero este reproche presupone la concepción hegeliana del trabajo, expuesta en la *Fenomenología del espíritu*, y subrayada por Marx al aprobar la tesis de Hegel de que el hombre es el producto de su propio trabajo (Sánchez Vázquez, 2003: 146-147).

En ese sentido, y para deslindar el trabajo general del trabajo enajenado en el capitalismo, Marx afirma que el trabajo propio de la forma capitalista de producir está subsumido al capital, dado que el término latino “subsunción” es sinónimo de sometimiento, subordinación, sojuzgamiento o subyugamiento. Es un modo de incluir que implica someter (poner dentro pero por debajo). De allí los conceptos marxianos subsunción formal y subsunción real del trabajo al capital (Marx, 1971).

La *subsunción real del trabajo al capital* supone una subsunción formal previa. Subsumir formalmente el proceso laboral consiste en que el trabajador deja de ser un productor libre y pasa a estar bajo la vigilancia o mando del capitalista, sin embargo el proceso laboral presenta las mismas características anteriores a tal

hecho. En cambio subsumir realmente un proceso de trabajo se refiere a la transformación técnica de éste en función de optimizar la necesidad del capital, o sea, subordinar el contenido de las actividades laborales a la producción de más ganancias (Marx, 1983).

La *subsunción real del trabajo al capital* se caracteriza, entonces, por usar técnicas de producción industrial basadas en la división del trabajo y uso creciente de tecnología con el propósito de reducir el tiempo necesario para producir mercancías y así disminuir la masa de trabajadores requerida para producir un determinado *quantum* de mercancía (Marx, 1983). Esto se da principalmente porque la maquinaria tiende a sustituir el trabajo vivo. Y he ahí lo importante

La fórmula de la maquinaria es no reducir la jornada de trabajo individual –la *parte necesaria* de la misma–, sino el número de trabajadores, es decir, la jornada de trabajo compuesta de las muchas jornadas de trabajo individuales; acortar la *parte necesaria* de esta jornada global es decir...echar fuera un número determinado de trabajadores, en calidad de excedentarios de la producción de plus-trabajo (Marx, 1983).⁴

Así las cosas, el resultado de la subsunción formal del trabajo al capital es el plusvalor absoluto y el de la subsunción real del trabajo es el plusvalor relativo. De tal forma que la subsunción en sus dos formas es un concepto centrado en el proceso de explotación laboral, mientras las modalidades conceptuales de plusvalor (absoluto y relativo) se enfocan el resultado de dicho proceso. En efecto, el plusvalor es un correlato de la subsunción del proceso de trabajo al capital.

Hoy día la subsunción real del proceso de trabajo al capital presenta como rasgo esencial la degradación, deformación y/o destrucción sistemática del valor de uso de diversos satisfactores materiales y espirituales de la vida cotidiana. Fenómeno verificable en distintas formas concretas que van desde el deterioro de la salud

⁴ La *parte necesaria* de la jornada equivale al tiempo en que el trabajador o los trabajadores generan el equivalente a su salario. Y el tiempo trabajado que excede dicha parte es por tanto trabajo no remunerado, “plus-trabajo” o *plusvalor* obtenido por el capitalista, quien, así, se apropia de ese plusvalor porque compra la fuerza de trabajo humana a un precio menor del valor generado por la misma.

individual y colectiva y de las relaciones sociales hasta el inminente colapso ecológico ocasionado por la depredación de los recursos naturales⁵.

Pero en el trabajo capitalista de nuestro contexto histórico no solamente encontramos trabajos subsumidos realmente al capital tales como el trabajo fabril. Ha de advertirse que en el llamado “sector terciario” es posible encontrar formas concretas de trabajo donde no hay separación entre concepción y ejecución, no obstante también están subsumidas, formalmente, al capital.

En tales términos, el trabajo subsumido al capital no es una actividad neutral, sino es la expresión del antagonismo capital-trabajo. Pero en el caso del trabajo subsumido realmente al capital la derivación lógica de tal aserto es que la tecnología capitalista y los objetos que produce tampoco son neutros ya que se configuran estructuralmente en función de la acumulación de riqueza por parte del capital, quedando en segundo término la satisfacción de las necesidades consuntivas y la importancia del trabajo como afirmación humanizadora⁶.

II

Ahora bien, a partir de estas consideraciones debemos enfocarnos en tratar de entender cómo se llevaría a cabo una propuesta alternativa al establecido modo y objetivo de realizar el trabajo bajo los cánones capitalistas. Para ello es menester desarrollar una serie de ideas que pueden servir de marco para la discusión de lo que se esperaría de una propuesta alterna.

⁵ *Valor de uso*: la utilidad de un objeto o actividad para satisfacer una necesidad específica de alguien que lo consume. El valor de uso de dicho objeto o actividad depende de su capacidad para satisfacer necesidades o de coadyuvar en el alcance de ciertas metas. Es una función de la relación entre la estructura de necesidades del consumidor y las características intrínsecas de dichos objetos o actividades.

⁶ Entre muchos, un ejemplo claro sobre las necesidades consuntivas es el actual deterioro de los alimentos. Se produce comida para acumular riqueza sin importar los efectos sanitarios de las técnicas de producción alimentaria masiva. Así, presenciamos cómo la tecnología del capital produce valores de uso alimentario nocivos mediante el uso excesivo de plaguicidas y/o la implementación de ciertos procesamientos industriales altamente riesgosos para la salud. La evidencia científica respecto al daño potencial ocasionado por el consumo de alimentos producidos bajo tales procesos es abrumadora. Por otro lado, ni qué decir respecto a los valores de uso que produce la industria armamentista.

En otras investigaciones ya hemos intentado avanzar en conocer cómo se estructura la conciencia ordinaria, la de la praxis inmediata, de la pseudoconcreción, la que se mueve en el mundo inmediato, que no ha logrado trascender a la inmediatez del diario sobrevivir, que se somete a los dictados de un modo de producción injusto, centrado en el mayor provecho de una minoría a costa de la explotación de la mayoría. Sometimiento que se da no sin resistencia, sin embargo, habría que analizar con mayor profundidad las múltiples formas de resistencia y las consecuencias que sobre los individuos tiene esa diversidad de formas de resistencia.

En numerosos casos, ya analizados, se trata de una resistencia callada, disimulada, silenciada, que busca ante todo la sobrevivencia, a pesar de las pésimas condiciones en las que se realiza ésta; cuyas consecuencias además de lo verificable en ese mundo de lo inmediato, también se dan a un largo plazo, mermando gravemente la salud, vía un malestar constante, cotidiano, al que hemos identificado como la respuesta del cuerpo ante el estrés prolongado, misma que da lugar a la mayoría de padecimientos de los que más enferman y mueren las personas de la clase trabajadora.

Ahora queremos adentrarnos en el conocimiento de cómo se va formando la conciencia de clase, en aquellos que han dado un salto cualitativo, en el sentido de permitirse expresar abiertamente la resistencia que, desde la lógica dialéctica, desde el materialismo histórico, la existencia de un elemento implica a su opuesto. Así, el fenómeno de la explotación, de la dominación, implica a su elemento contrario, la resistencia. Hasta ahora, salvo honrosas excepciones, muchos de los estudios que se abocan a estudiar la resistencia abierta, lo hacen desde la lógica del poder, para denostar, para destacar las desviaciones, es decir, para mostrar las acciones de aquellos que no han conseguido mantenerse fieles a la posición de su propia clase, de aquellos, quienes habiéndose formado en un sistema que, a través de todas sus instituciones, la familia, la escuela, la fábrica, la institución jurídica, la legislativa; promueven la ideología que sostiene vigente al sistema capitalista -a pesar de sus crisis cíclicas que auguran un final ya próximo-el

individualismo egoísta, han seguido las prácticas del poder capitalista y se han alejado de la resistencia para sumarse a la dominación desde su ámbito circundante.

Sánchez Vázquez (2003: 35) comenta al respecto de esa situación, y llama a ese tipo de prácticas, por un lado como politicismo práctico y del otro como apoliticismo “práctico”:

Tratando de satisfacer las aspiraciones ‘prácticas’ del hombre común y corriente se desarrolla, a veces desde el poder, una labor encaminada a deformar, castrar o vaciar su conciencia política. Esta labor tiende, al parecer, a integrar a este hombre común en la vida política pero a condición de que se interese exclusivamente por los aspectos ‘prácticos’ de ella, o sea, la política como carrera. Es evidente que reducida a este contenido ‘práctico’, productivo, la política sólo puede adquirir un sentido negativo para los que permanecen al margen de esta integración, y no aciertan a ver, fuera de ese politicismo ‘práctico’, otra dimensión de la política que no sea la del romanticismo, idealismo o utopismo. Pero el intento de satisfacer las aspiraciones ‘prácticas’ del hombre común y corriente adopta también otra forma alimentada desde el poder y encaminada a destruir el más leve despertar de una clara conciencia política manteniendo al hombre común y corriente en el más completo apoliticismo. La despolitización crea así un inmenso vacío en las conciencias que sólo puede ser útil a la clase dominante al llenarlo con actos, prejuicios, hábitos, lugares comunes y preocupaciones que, en definitiva, contribuyen a mantener el orden social vigente. El apoliticismo de grandes sectores de la sociedad excluye a éstos de la participación consciente en la solución de los problemas económicos, políticos y sociales fundamentales y, con ello, queda despejado el camino para que una minoría se haga cargo de estas tareas de acuerdo con sus intereses particulares, de grupo o de clase. Tanto el politicismo ‘práctico’ como el apoliticismo por razones ‘prácticas’ satisfacen las aspiraciones y los intereses del hombre común y corriente, del hombre ‘práctico’, pero, en verdad, no hacen sino apartarlo de una verdadera actividad política y, especialmente de una praxis revolucionaria.

Debemos tener claro que esa ideología sirve a los intereses capitalistas al dividir y mantener aislados a quienes comparten una misma situación: los que soportan una vida de explotación y desesperanza que impide plasmar capacidades y desarrollar potencialidades, talentos que de otra suerte, sí tendrían posibilidad de desplegar. Es decir, bajo otras circunstancias tendrían a su alcance la posibilidad de explorar y descubrir aquello que daría paso a su desarrollo pleno como humanos. Sin verse orillados, de una u otra forma, merced a esa ideología dominante, a seguir las prácticas capitalistas difundidas desde el poder a las clases subordinadas, de disimular (por cierto la menos abyecta de todas) o mentir, engañar, cometer fraudes, tener algún tipo de práctica corrupta. Con ellas además se corrompen también las ideas, la mente, la inteligencia, las acciones; se va corrompiendo todo lo que les rodea sin siquiera percatarse de ello.

III

Queremos ahondar en el conocimiento que aborde las miradas desde la resistencia, ya no desde esa lógica del poder, centrada en las desviaciones de la resistencia, sino por el contrario, queremos adentrarnos en conocer cómo se va formando la conciencia de clase, conocer los difíciles caminos que las personas recorren para construir una conciencia de clase, aun bajo las condiciones más difíciles, es decir, las condiciones de un capitalismo que agrede a las personas que se atreven a pensar por sí mismas y se atreven a vencer el miedo a la libertad de construir sus propias ideas, de mantener su independencia frente al poder, frente al dominio.⁷

Y habremos de aclarar, siguiendo a Reygadas y Vega (2014: 307), que la resistencia no es sólo destrucción, sino implica muchas de las cualidades humanas, aquellas que se refieren a las funciones mentales superiores, diferentes de las biológicas o inferiores y que sólo pueden desarrollarse en sociedad, en una cultura humana (Yasnitsky, et al., 2016).

Pero la resistencia no sólo trata de no aceptar lo impuesto, sino también implica la parte creadora, donde se construyen nuevas alternativas que signifiquen una resistencia argumentada, una resistencia que produzca, que movilice, que modifique. Es así, como la resistencia representa un punto que no sólo culmina en la creación sino que se vuelve punto de partida y espacio dirigido para esa construcción, a decir de García Canal, “las fuerzas creativas en una sociedad se hallan inscritas en esa capacidad actuante de los sujetos de resistir en todos los campos y que hace de los espacios, zonas de guerra y también de producción”.

Estamos planteando abordar la mirada de las personas que resisten abiertamente y que en esa resistencia van formando una “conciencia colectiva condensada al calor de la resistencia” (Navarro, 2012: 130). Como dice Mina Navarro, al rescatar el testimonio de un participante en la resistencia de un pueblo en la defensa de su territorio “la memoria aparece como una de las fuentes más potentes en la conformación” de esa conciencia colectiva (Ibídem: 130).

⁷ Hemos tomado de Erich Fromm la frase asentada en este párrafo; este autor desarrolla con gran claridad el tema del temor a ser diferente creado por el mismo sistema en su obra: *El miedo a la libertad* (2008).

Yo los invito a que se sumen a esta lucha tan noble, que surgió con la esperanza de cuidar la riqueza de nuestros antepasados. Los españoles se robaron nuestro oro: a cambio de espejitos, regalábamos barras y riquezas, ahora, después de tantos años la única riqueza que nos queda es el agua y la tierra, la naturaleza. Que para nosotros significa todo, engloba una serie de sentimientos que para nosotros es invaluable.

Buscamos conocer cómo se va desarrollando la conciencia de clase en el calor de la resistencia, en las luchas de la sociedad civil, que son parte de un movimiento que busca construir un mundo mejor para todos, un mundo donde la vida está en el centro. Sin perder de vista que estas luchas, este movimiento, se da, “en medio de una fase de acumulación capitalista en la que se ha recrudecido cada vez más la violencia y las estrategias de dominación, donde resalta la criminalización de la protesta, la represión, la militarización y la contrainsurgencia contra los movimientos sociales” (Navarro, 2012: 135).

Así, cuando hablamos de la lucha por parte de la sociedad civil incluimos no sólo las iniciativas de resistencia en el ámbito del trabajo subsumido al capital (TSC), es decir, las que surgen en el ejército obrero en activo (EOA) en torno al proceso de trabajo. También referimos ciertas experiencias potencialmente emancipadoras que surgen entre las y los trabajadores excedentarios que conforman el cada vez mayor ejército industrial de reserva (EIR)⁸.

En tales términos, la lucha que aludimos –y en la cual proponemos que eventualmente puede emerger la conciencia de clase– se ubica, por una parte, en el EOA caracterizado por una población crecientemente sobreexplotada. Por otra, la encontramos en el heterogéneo EIR donde la autogestión de la propia gente

⁸ Estos trabajadores excedentarios o “sobrantes” que conforman el creciente EIR encuentran de una forma u otra el modo de sobrevivir sin un salario, mientras al mismo tiempo se estrechan cada vez más los aportes de “caridad” otorgados por el Estado, la Iglesia, las empresas e incluso por las “clases medias” del primer mundo. Pero dicha sobrevivencia va más allá de los mecanismos de *transferencia salarial* tales como el pago que los propios trabajadores activos en el TSC hacen a desempleados y subempleados callejeros (por prestación de servicios ocasionales, por caridad limosna o donativo, o por simple robo o asalto) o a desempleados “disfrazados” (detallistas e intermediarios que no pueden ser absorbidos por la industria manufacturera); más bien dicha sobrevivencia consiste en el despliegue de actividades espontáneas más o menos comunitarias y potencialmente autogestoras con las cuales los marginados del campo y de la ciudad atienden sus propias capacidades y necesidades. Entre tales experiencias tenemos diferentes movimientos de autogestión campesina en la producción y comercialización de café, maíz, frijol y verduras; experiencias de producción cooperativa ya sea para venta al menudeo o para autoconsumo; de autogestión colectiva del transporte; de la compra y construcción de la vivienda e infraestructuras públicas; construcción y gestión de centros de escuelas y centros de salud; tandas, cajas populares y de financiamiento; trueque de mercancías o servicios, así como algunos experimentos de autogestión en la comunicación y la cultura (Barreda, 1996).

que busca resolver sus propias necesidades “abre poros” dentro de la lógica de la valorización al originar múltiples fenómenos de autogestión en las esferas de la producción, distribución y consumo y, en general, en los niveles económicos, políticos y culturales de la sociedad.

Si bien, en las memorias de las personas participantes de esas luchas encontramos muchas contradicciones, pues al lado de los significados y de las simbolizaciones dominantes que han sido incorporadas en sus narrativas, también es posible vislumbrar cómo se van combatiendo unas y otras de esas significaciones, y aun llegan a persistir muchos rasgos de la dominación, que habrán de ser interpretados a la luz de la historia social más amplia y de la historia reciente de las movilizaciones populares. Como menciona Navarro (2012: 136):

En los momentos de confrontación, regularmente dichos entramados cuentan con ciertas disposiciones colectivas para activar un sujeto comunitario protagonista de la lucha, desplegándose un antagonismo entre la comunidad y el capital. Esta serie de estrategias, principios de organización de la vida social y de construcción del mundo de la vida, son parte del *ethos* histórico (Echeverría, 2005:162) que en los momentos de conflicto se ilumina y articula con mayor visibilidad. En los campos de disputa estas estrategias entran a prueba, mostrando en algunas ocasiones lo mejor del poder social, pero también revelando su lado más perverso. La tradición incluyendo su lado más potente y conservador es sometida a un profundo cuestionamiento en términos de eficacia y significación cultural.

En este sentido, la memoria como subversión y respuesta desde la particularidad de estas luchas tiene la capacidad de romper y poner en duda cualquier trazo lineal de futuro, pero también de tradición. Tal y como lo plantea Ceceña:

“en los procesos emancipatorios la comunidad pasa de herencia y estrategia intuitiva de sobrevivencia a eje consciente de la organización y construcción societal. Es decir, va creando nuevas relaciones políticas y nuevos imaginarios, que son a la vez un modo de subvertir, socavando, las relaciones de poder. [Sin embargo, estas relaciones] sólo pueden ser subvertidas mediante una desfeticización consciente; entendiendo el modo de funcionamiento del poder y sus límites; encontrando sus vulnerabilidades; pero asumiendo abiertamente también las vulnerabilidades de la comunidad, y encontrando maneras de mantenerla bajo revisión permanente” (Ceceña, 2008:103-104).

Por ello queremos realizar investigaciones que nos permitan entender, cómo a partir de la praxis social emancipatoria se va formando una subjetividad diferente, al tiempo que se construye la conciencia de clase, una nueva subjetividad en la que se esperaría que se manifieste una visión en la que se considera como fundamento de las relaciones sociales, la solidaridad y el compartir.

Para que ello sea posible, no puede dejar de contemplarse la necesidad de hacer de las personas no los sujetos de la asistencia social que han sido promovidos desde la visión del poder, del dominio, sino sujetos con praxis política, es decir, lo opuesto a lo impulsado a través del Estado capitalista, promotor del politicismo práctico que desemboca en el clientelismo político y que a su vez da lugar a un apoliticismo, también práctico (Sánchez Vázquez, 2003), muy conveniente al poder, al dominio capitalista, para lograr dividir y conservar el control, el dominio sobre las masas. Por el contrario, se trata de impulsar

la organización comunitaria en la gestión de gobierno y en la toma de decisiones para atender las verdaderas necesidades (...) evitando caer en políticas de inmediatez y asistencialistas (...) la gestión asistencial expropia a los sujetos sociales su calidad de sujetos. (...) Las prácticas promocionales no únicamente representan una negación simple de la institución asistencial (...) representan un distanciamiento definitivo con la idea de un Estado benefactor y necesario a través de la recuperación de los sujetos colectivos en tanto grupos sujeto. (Reygadas y Vega, 2014: 308).

Se trata, entonces, de verlos como sujetos con praxis política, pero como sujetos colectivos, al tiempo que se explora a través de la memoria, a través de las historias de vida, insertas en una historia social más amplia, cómo se va construyendo una nueva subjetividad con una visión de la participación activa, de la inserción en la toma de decisiones que como sujetos de la praxis política les corresponde, en el más amplio sentido del término; se esperaría que, por lo tanto, en el camino de poder plasmar capacidades y desarrollar potencialidades, es decir, lo inherente al ser humano, también se caminara hacia el bienestar y hacia la salud.

La historia social, de la mano con la historia oral, permite conocer esas miradas de los participantes en las luchas sociales, conocer, a partir de su memoria, cómo ha sido construida su subjetividad en un entorno, prefigurado por el modo de producción capitalista, que transmite las ideas dominantes; y conocer cómo esas personas están construyéndose una nueva subjetividad al calor de la resistencia franca, abierta. Al mismo tiempo que podemos dar cuenta de cómo se ha desarrollado su proceso salud enfermedad, para saber si se han experimentado

cambios en ese proceso, al tiempo que la subjetividad se encuentra inmersa en procesos muy disímiles, desde la dominación y desde la resistencia.

Optar por hablar con –y escuchar a– las personas, equivale a trabajar con discursos reales y no con la especulación, fecunda a veces –y hasta erudita como la de Durkheim en *El suicidio*– pero superficial en general. Se trata de expresar, de acuerdo con quienes brindan sus testimonios, experiencias de la vida y una rememoración de la misma que puede ser de interés común. Es así como en la base de esta propuesta, y de toda investigación apoyada en la historia oral, hay un supuesto: es mejor hablar que callar. En ese sentido Marinas (2007) comenta que tal suposición puede ser discutible, pero también puede tener alguna aceptación, especialmente porque

... ante conflictos y problemas sociales puede ser más valioso compartir los modos de rememorar, de analizar, sacar a flote experiencias que han estado marginadas, reprimidas o sencillamente suprimidas, que no su contrario: silenciar, denegar, prohibir.

En efecto, a diferencia de los discursos científicos convencionales que hacen apología del modo capitalista de producción y su proceso de trabajo, aquí partimos de la consideración fundamental según la cual el trabajo subsumido al capital es un grave problema social y que

La manera matizada, perpleja, en búsqueda de un sentido, que protagoniza el sujeto de los relatos puede ser más instructiva que la –por otra parte necesaria– periodización o establecimiento de rasgos comunes a una época o a un proceso en su conjunto. Suele aportar razones para la comprensión y la empatía (...) Nos permite ponernos en el lugar del otro concreto, que es quien está detrás del “otro generalizado” (el papel social, el estatus, el tipo de personaje) (Marinas, 2007).

En relación con tales enfoques convencionales Barthes (1978) comenta que la ciencia (esa ciencia convencional referida arriba), junto con la política y la *doxa*, es un discurso arrogante que tiende a monopolizar la palabra. Y a esto puede agregarse que el testimonio del sujeto concreto suele quedar relegado como anomalía al margen de la impersonalización (actores y discursos indefinidos: se hace, se dice), procedimientos estándar (tecnociencia) y las metas incuestionadas de la integración al contexto del mercado capitalista actual (Marinas, 2007).

Pero aquí no proponemos hacer algo así como una “visión de los vencidos” o “la otra historia” paralela a los discursos científicos a-históricos y despolitizados que sólo versan sobre índices, tendencias, proporciones y medias, útiles a veces, pero insuficientes por superficiales; más bien buscamos llenar los huecos dejados por tales enfoques o de plano sustituirlos cuando lo que se pretende es comprender el contexto político-*sociocultural* e histórico del trabajo enajenado y, especialmente, vislumbrar las posibilidades de trascenderlo.

En tales términos, nos interesa el testimonio de los propios trabajadores porque aporta noticias del revés de la vida domesticada y rutinaria subsumida bajo el capital. De ahí que: “Investigar, garantizar el espacio de las historias de vida no puede equivaler a ignorar sus determinaciones, si no a aclararlas” (Marinas, 2007).

Así pues, junto con la historia oral, el registro de la historia social o de “la historia desde abajo” (Hobsbawm, 2008), brinda elementos para conocer la realidad social y sus vínculos, y, potencialmente, transformarla. Pero el punto idóneo para ello será cuando la separación entre investigadores e “investigados” se acabe, es decir, cuando no sólo se cite al otro, sino se lo incluya como artífice consciente del proceso emancipatorio reflexivo-práctico no sólo personal sino también colectivo, incluidos los entrevistadores, registradores y analistas de testimonios.

...No sé si aquí vale la pena hablar de la autogestión colectiva de la investigación de la realidad (mediante la historia social) por parte de todos los sujetos involucrados, como un ejemplo de la posible autogestión en las demás esferas de la vida cotidiana, incluido el trabajo por supuesto.

A manera de conclusión

La resistencia se constituye en el elemento mediador entre las condiciones de trabajo nocivas y el desarrollo de una conciencia, que es inmediata, empírica, cotidiana, si la resistencia es callada, disimulada, silenciada; o es una conciencia de clase cuando la resistencia es de otro tipo, es decir, abierta, colectiva, de lucha

franca por transformar las condiciones nocivas generadas por el sistema capitalista.

En el modo de producción capitalista, regido por las leyes del mercado, para la clase de los empresarios lo más importante no es la satisfacción de las necesidades humanas, sino la acumulación de capital, aumentar la productividad se ha convertido en asunto prioritario. Así, la creatividad, la posibilidad de que los individuos descubran, desarrollen y plasmen sus potencialidades carece de importancia. Para este sistema no importa el desarrollo de lo humano, sino producir más mercancías que puedan venderse, la producción en serie, que, por cierto, obstaculiza el desarrollo de las cualidades humanas, se ha convertido en una máxima para el sistema. No se estimula en las personas el desarrollo de talentos, sino la visión de convertirse en trabajadores productivos, en obtener los medios para sobrevivir, en obtener bienes y servicios que permitan sobrevivir desarrollando el menor esfuerzo mental en ello, es decir el ser humano es despojado de la posibilidad de desarrollarse como tal; se va desarrollando en él una tristeza aparentemente inexplicable, una tristeza obrera.

Se ha dejado al ser humano de ver la posibilidad de emplear las capacidades mentales superiores como estímulo para vivir bien, y se obliga a pensar en ellas como algo aburrido, como algo inútil; cuando es todo lo contrario, su utilización es lo que más posibilidad brinda al ser humano de desarrollarse como tal, de sentir bienestar consigo mismo, de sentirse plenamente realizado como humano. Puesto que el trabajo capitalista despoja a los seres humanos de esa posibilidad, un camino posible, a decir de Georges Navel, es la participación política luchando por mejores condiciones de trabajo y de vida, para curar aquella tristeza obrera ocasionada por el trabajo capitalista que despoja a los seres humanos de sus cualidades propiamente humanas. En sus propias palabras: “Hay una tristeza obrera de la que sólo cura la participación política”.

Bibliografía

Barreda A (1996). Neoliberalismo, crisis de la reproducción de la fuerza de trabajo y resistencia autogestiva. En: Veraza Urtuzuástegui J. Consumo y capitalismo en la sociedad contemporánea; problemas actuales de la subordinación real del consumo. México, D.F.: UAM Iztapalapa. pp.

Barthes R (1978). Roland Barthes por Roland Barthes. Barcelona: Editions du Seuil/ Editorial Kairos Kosik, Karel (1976). Dialéctica de lo concreto. México. Edit Grijalbo, 2ª ed.

Hobsbawm, Eric (2008). *Sobre la historia*. 3ª. ed. Barcelona, Editorial Crítica.

Horkheimer, Max (1973). Crítica de la razón instrumental. 2ª. ed. Editorial Sur. Argentina.

Marinas JM (2007). La escucha en la historia oral. Palabra dada. España: Síntesis: pp.7-134.

Marx, K (1971). Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Siglo XXI. México.

Marx, K (1983). La tecnología del capital. Subsunción real y subsunción formal del proceso de trabajo al proceso de valorización (extractos del manuscrito 1861-1863). Consultado: 21 de septiembre del 2014. Disponible en: <http://www.bolivare.unam.mx/traduccion/La%20tecnologia%20del%20capital.pdf>

Navarro, Mina (2012). "La memoria como impulso de resistencia y prefiguración en las luchas socioambientales". México, Tramas, 38: 123-146.

Navel, Georges (1946). Trabajos. Argentina, Argos.

Sánchez Vázquez, Adolfo (2003). Filosofía de la praxis. México, Siglo XXI.

Yasnitsky, Anton, Van Der Veer, René, Aguilar, Efraín & García, Luciano (2016). Vygotski revisitado: una historia crítica de su contexto y legado. Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.